



EDICIONES DEL GRUPO CULTURAL
"RICARDO FLORES MAGÓN." APDO.
POSTAL NUM. 1563. MEXICO. D. F.

puño CNT

DIEGO ABAD DE SANTILLAN

LOS ANARQUISTAS

Y

LA REACCION
CONTEMPORANEA

PRECIO: 15 CENTAVOS

AEP - CDMS
BARCELONA



MEXICO



M
18857

LOS ANARQUISTAS Y LA REACCION CONTEMPORANEA

DEL ATAQUE A LA DEFENSA

Hubo momentos en el agitado período de 1918 a 1921, en que realmente la revolución llamaba a nuestras puertas y nos hacía sentir el júbilo de la hora suprema de todas las reivindicaciones. Una ola internacional de entusiasmo solidario conmovió a los esclavos modernos y les llamó a la conquista del porvenir. El corazón y el cerebro de los oprimidos respondieron a los imperativos de la hora, rompieron el ritmo de la rutina, salieron de los cauces cotidianos, y el paria se atrevió a seguir su cuerpo curvado bajo el peso de una negra servidumbre milenaria y a mirar de frente al sol. Se vivieron en esos años horas inolvidables y el despertar de los pueblos ofreció un espectáculo grandioso y conmovedor. ¡Por fin se descubría a nuestras miradas ansiosas la tierra prometida! Surgió una Rusia preñada de promesas de libertad de entre los escombros del zarismo y por todas partes caían en ruinas los viejos sistemas carcomidos por la ola de fuego de la revolución.

Sólo que eso fué un despertar pasivo de las masas de esclavos; una ráfaga extraña en los hábitos adquiridos por una larga noche de autoridad y de explotación; aparecieron los rayos de una aurora nueva y Prometeo levantó la frente, pero no supo destruir

sus ligaduras; revivió en su alma un impulso formidable de vagos deseos, de indefinidos anhelos y gozó de esas nuevas e inefables sensaciones; la hora memorable que siguió a la gran guerra no dejó en las masas de los oprimidos y de los explotados más que el recuerdo de un espasmo de íntima satisfacción, de un júbilo interno indescriptible, una débil sensación de preludios de libertad. Se extinguieron los entusiasmos en la pasividad estéril y las cadenas quedaron.

No debe extrañarnos que los pueblos no supieron qué hacer con sus propias fuerzas; los años de esclavitud pesan sobre ellos como una sofocadora sensación de impotencia; a vivir la libertad se aprende prácticamente; no por los libros, sino por la vida misma. Y las experiencias reales, los aprendizajes prácticos de las masas para vivir libres eran tan pocos, tan insignificantes, tan débiles, que su recuerdo se había perdido y la voz de la tradición no transmitía —de esclavo a esclavo, de padre a hijo, de generación a generación, como se transmitirá por muchos años la epopeya de la ocupación de las fábricas en Italia— lecciones de sabiduría práctica para la conquista de un mundo mejor.

Las clases privilegiadas sintieron que la revolución llamaba a las puertas del mundo y quedaron aterradas. Los trabajadores no sabían qué hacer para ocupar su puesto en la vida, pero tampoco las capas privilegiadas supieron moverse para defender sus privilegios y conjurar el peligro. Si el ataque del proletariado hubiera sido efectivo y rápido, no habría encontrado apenas resistencia. Tal era el espanto que imperaba *arriba*, en las esferas de la riqueza y la dominación.

En el período de 1918 a 1921, la voz de los trabajadores fué, sin embargo, un factor resolutivo en la vida social; los capitalistas y los gobernantes consideraron que sería un gran triunfo mantenerse en la defensiva, y colmar, al menos en apariencia, los deseos más apremiantes de las masas.

Vivíamos con la convicción de que era un período transitorio el que atravesábamos; pero en lugar de

prever que la brújula del mundo pudiera inclinarse de parte de la reacción, confiábamos ciega e irreflexivamente en nuestro propio triunfo. Frente a los aterrados burgueses pensábamos con regocijo y con orgullo que muy probablemente dentro de poco tiempo los tendríamos a nuestro lado, como iguales, en el taller, junto al yunque, o en el campo, tras el arado.

Fué un instante de solidaridad emotiva de las masas laboriosas; y era tal el sentimiento de la propia fuerza que no se nos ocurrió la idea de que nuestro vigor pudiera decrecer al día siguiente; nos decía la realidad claramente que luchábamos con ventaja, que marchábamos en una ofensiva triunfal, y la seducción y el disfrute de la tierra prometida que divisábamos en la lejanía nos apartó los ojos de la realidad de nuestra situación; y cuando cambiaron las perspectivas constatamos trágicamente que no habíamos hecho nada para romper las cadenas de nuestra esclavitud. Y entonces era ya demasiado tarde... Nuestros enemigos habían probado nuestra inexperiencia y recobrado sus fuerzas y su valor para doblegarnos de nuevo a su voluntad y uncirnos otra vez a su carro de triunfo.

Casi repentinamente nos vimos sometidos a los viejos amos; de la ofensiva proletaria internacional se pasó a la ofensiva capitalista y autoritaria en todos los países; los que ayer atacaban —o creían atacar,— hoy tienen que defenderse, y viceversa, los que hoy atacan, se defendían ayer. Tan rápida fué la mutación del escenario que muchos aparecen hoy subyugados por el pesimismo y desconfían amargamente del porvenir de la humanidad.

Nosotros consideramos que es una pérdida enorme la experimentada por el proletariado, que no supo quebrantar sus ligaduras cuando tan fácil le hubiera sido; pero estamos muy lejos de hablar de una derrota. No, no es una derrota la sufrida: es una lección práctica que nos hará más oportunos en lo sucesivo. Para nosotros no hay más que una sola derrota en las luchas revolucionarias: *la pasividad*. Atacar

o defenderse es siempre movimiento, es siempre vida. La pasividad es la adaptación al dolor, a la miseria, al crimen permanente del sistema imperante.

Hace unos años, las circunstancias nos eran favorables; ahora nos son en extremo desventajosas; ayer la lucha exigía más víctimas a nuestros enemigos que a nosotros; hoy es al contrario. La modificación es grande, pero mientras la vida revolucionaria persista, mientras la bandera de nuestras aspiraciones quede en pie, no hay motivo para desesperar. Llegarán ineludiblemente días mejores: entonces sabremos aprovechar el tesoro de las experiencias.

Esta hora reclama la actividad tenaz y consciente de las minorías rebeldes, dueñas de su voluntad. Las grandes masas proletarias reposan del cansancio emotivo de los años de guerra y de efervescencia revolucionaria. Los movimientos de masas posibles todavía en esta hora, son los movimientos colectivos de la reacción.

PANORAMA REACCIONARIO

Buscaríamos inútilmente un refugio de libertad en la tierra; dirigiríamos en vano la mirada a Oriente o a Occidente, al Norte o al Sur; lo mismo en la monarquía que en la república, lo mismo en la democracia burguesa que en la democracia socialista, lo mismo bajo el imperio de la aristocracia que bajo la dominación de los soviets, la reacción entona sus himnos de triunfo sobre las espaldas del proletariado que trabaja y que sufre. La reacción se toma la revancha, furiosamente, contra los años de actividades y de pensamientos revolucionarios.

Las graduaciones de este fenómeno internacional son tan insignificantes que podríamos pasarlas por alto. De Lenin a Mussolini o a Primo de Rivera, la variación es escasa; nosotros, los anarquistas, podríamos constatar ciertas diferencias; en Rusia nuestra prensa y nuestra propaganda están totalmente

estranguladas; en Italia, aunque en círculos muy reducidos todavía, se puede hacer oír la voz serena de un Malatesta, en esta hora de tragedia. Pero estas diferencias que nos atañen particularmente no deben anteponerse en nuestro juicio; para nosotros es igualmente condenable la dictadura de Lenin que la de Mussolini y no podríamos combatir una sin combatir todas, pues si la revolución no será nacional o no se consolidará nacionalmente, tampoco la reacción se fijará en un solo país, independientemente del resto del mundo.

Nuestro camarada Rocker decía en una ocasión memorable: "Si un cerebro humano fuese capaz de concebir en todos sus detalles terribles el crimen de la gran guerra, se derrumbaría bajo esa avalancha de dolor, de sangre y de lágrimas." Lo mismo podríamos decir de esta hora de reacción: si un hombre pudiese abarcar la totalidad de las monstruosidades y de los crímenes de esta guerra sangrienta e inhumana entre las fuerzas del pasado y las del porvenir, enloquecería bajo el peso del dolor proletario. Las cárceles del mundo entero, la miseria, las persecuciones, la muerte, nos dicen día a día que vivimos en una época extraordinaria y que extraordinario debe ser nuestro valor y extraordinaria nuestra fe para resistir esta prueba de fuego y esperar el advenimiento de días mejores. De todos los rincones de la tierra parten los alaridos de la desesperación y los ayes de las víctimas. Un descenso moral increíble señala el triunfo de los explotadores del trabajo creador. No en un país determinado, sino en todas partes, en todas las latitudes, bajo todos los regímenes políticos. En los tiempos de Guillermo II, en la misma Alemania —un país que nunca reveló una excesiva sensibilidad revolucionaria ni una conciencia humanitaria ejemplar— no se hubiera permitido sin graves protestas el armamento con armas de fuego de los gendarmes en tiempos más o menos pacíficos. Hoy, bajo la socialdemocracia, al menor signo de intranquilidad pública, de temor a desórde-

nes populares, los gendarmes acuden con granadas de mano y ametralladoras, dispuestos a derramar sangre humana con sádico placer. Y la conciencia moral colectiva no se indigna, ni exterior ni interiormente, en presencia de un espectáculo tan bestial y bárbaro.

Cuando nuestro compañero Francisco Ferrer fué condenado a muerte, no obstante sus convicciones anarquistas, una formidable protesta internacional de todas las clases sociales, de todos los partidos, obreros y burgueses, condenó la monstruosidad jurídica de los torturadores españoles. Hoy constatamos que estamos completamente solos frente a la condena de los supuestos autores de la muerte de Dato. El mundo no se preocupa, después de haber visto correr tanta sangre, de la cabeza de dos revolucionarios.

Nuestro amigo Giovanetti, de la *Unione Sindicale Italiana*, entretiene los ocios forzados de este triste período con las adiciones del número de años que distribuyen los tribunales fascistas sobre nuestros camaradas. Las sumas de Giovanetti, llegan a un número de siglos que aterroriza al más valeroso. Los días de Nicotera, el famoso renegado, los días más trágicos de las persecuciones contra la vieja Internacional, palidecen y se nos figuran nimiedades en comparación con los horrores del fascismo. El viejo *domicilio coatto* sería hoy un sistema de represión lleno de humanidad y de dulzura. Y la tierra de los inquisidores, la patria de los torturadores del Montjuich, ha visto mucho en los días inolvidables de la *Mano Negra*, de Alcalá del Valle, de Cambios Nuevos; pero las lágrimas y la sangre vertidas en estos últimos tiempos han superado todo lo que era de esperar en mérito a las nobles tradiciones de la historia española. La época de las leyes bismarckianas de excepción no podría compararse con este período de dictadura militar en Alemania bajo la protección de la socialdemocracia. La actual represión en los Estados Unidos no es inferior a la que siguió después de los acontecimientos de Chicago en 1886. En todos los países,

grandes y pequeños, habría trabajo incesante para los Giovanetti. Con un poco de paciencia podrían presentarse a la posteridad las estadísticas más espantosas del martirologio revolucionario y de la ferocidad de las clases dominantes. Y ese es un trabajo que debería realizarse. El dolor de nuestros hermanos de todas las latitudes y de todas las nacionalidades acrecienta nuestra capacidad solidaria y nos fortifica espiritualmente en la resistencia a la reacción. Un día nos llega la verdad de las matanzas de la Patagonia, otro el veredicto fascista contra los mineros de Valdarno o los campesinos de Minervino Murge; hoy el asesinato de Wilckens, mañana la matanza de Corocoro o el salvajismo de la reacción japonesa, o los gritos de angustia de los desterrados a Siberia, o de los condenados a muerte en España.... Y ese amontonamiento de una tragedia desgarradora sobre otra más desgarradora aún, llenará un día la copa del dolor, la indignación de los hombres sanos de corazón explotará en medio de esta Babel de concupiscencias y de festines de sangre.

Jamás la Historia ha visto un cuadro semejante. Ayer la sangre de los pueblos regaba los campos de Europa en defensa de los intereses de algunas camarillas financieras e industriales; hoy la sangre y las lágrimas de los trabajadores revolucionarios riegan todas las zonas del orbe en holocausto al Moloch de la autoridad y del privilegio.

No tenemos dónde reposar la mirada para escapar al clamor y al espectáculo de la tragedia; el presente está dominado por la reacción y el corazón se oprime frente a tanta crueldad y a tanta ferocidad. Sólo cuando dirigimos la vista al porvenir, reconfortamos el espíritu en optimismo y templamos nuestro ser para la resistencia, porque todo nos asegura que el porvenir es nuestro, que el porvenir es de la libertad.

AEP - CDHS
BARCELONA

DEFINICION DE LA REACCION

En este momento podría ponerse en duda si somos revolucionarios o contrarrevolucionarios; en realidad nuestros esfuerzos están hoy dirigidos más bien contra la reacción que en pro de la revolución. Nuestra mayor aspiración del momento es la conservación de las posiciones conquistadas; ya que no es posible avanzar, no deseáramos tampoco retroceder. Y cuando vemos en países como en Italia, en Rusia, etc., que nuestros amigos han cedido en sus posiciones, y cuando vemos que los embates de la reacción amenazan en todas partes vencer nuestra resistencia y abatir nuestra bandera, quisiéramos que todos los camaradas se penetraran de esta verdad: mientras consigamos mantener vivo el fuego sagrado de nuestros principios, la reacción no nos vencerá; la reacción no puede matar más que las formas exteriores de nuestra vitalidad y eso por poco tiempo; mantenemos el estandarte de nuestras reivindicaciones sin compromisos ni disfraces; si, basándonos en pretendidas necesidades momentáneas, traicionamos o enmascaramos nuestras ideas, la caída de la reacción nos sorprenderá en la impotencia, y el porvenir no será nuestro.

Nosotros definimos la reacción como un *fortalecimiento de las ideas que sostienen la explotación y la dominación del hombre por el hombre*. Lo esencial en este período de reacción no es la marcha de los fascistas sobre Roma, ni la acción de las bandas bárbaras, ni el pronunciamiento de Primo de Rivera ni los actos de la dictadura rusa, ni las persecuciones y las matanzas obreras en todos los países; tras los hechos están las ideas que los determinan; no estamos ante un mero problema de fuerza que pudiéramos vencer con la fuerza también; no: la reacción es un movimiento de ideas que fortalece el fetiche autoritario, malparado en estos últimos años. El que más significación e influencia tiene en este

período histórico es Lenin; el leninismo ha determinado la derrota de las esperanzas revolucionarias y el nacimiento y la acción de las fuerzas de la reacción. Es cierto que si los pueblos no triunfaban en la época que la revolución llamaba a las puertas del mundo, habría que haber esperado el triunfo de la contrarrevolución; pero sin el ejemplo ruso posiblemente no hubiese alcanzado tal grado de franqueza y de ferocidad la reacción capitalista y estatal.

He ahí, pues, que si carecemos de fuerza para contrarrestar las marchas sobre Roma; si en este período de represión no hemos opuesto barricadas al avance fascista, nadie impedirá que opongamos a las ideas de la reacción nuestras ideas. Y las ideas de libertad y de justicia vencerán a las de dominación del hombre por el hombre y a las de la arbitrariedad.

Nos engañaríamos grandemente si pensáramos que la reacción sólo implica un problema de fuerza: el mismo error sería imaginar que la revolución es también un mero problema militar. La revolución como la reacción son movimientos sociales que responden a concepciones especiales de la vida y que ven en la violencia un instrumento para hacer valer sus principios, pero que no pueden cimentar en la violencia su razón de ser. La reacción es el mundo de la explotación y de la dominación en la lucha activa por su persistencia y su seguridad. La revolución es la lucha por un mundo de libertad y de igualdad; lo fundamental de la revolución no es el tiroteo o el motín callejero, sino las ideas del nuevo orden de cosas a que aspira y que predica.

No existen motivos de desencanto; si nuestras fuerzas materiales no opusieron barricadas de piedra a la marcha fascista, opondremos las barricadas indestructibles de nuestras ideas. La desilusión del estatismo alcanzará a todos los hombres sanos de corazón y entonces habrá llegado nuestra hora. Nuestras barricadas de ideas serán fortalecidas vigorosamente y se transformarán en barricadas de piedra.

LA ILUSION DEL DEMOCRATISMO

No queremos hacer un resumen de las infamias escritas y pregonadas contra los anarquistas por haberse atrevido a levantar objeciones contra la mentira democrática; hace cincuenta años que nuestro movimiento expresa con claridad meridiana la significación de esa piadosa ilusión; y podríamos llenar un libro con los adjetivos injuriosos y despectivos de que se nos hizo objeto; por fin ha llegado el momento de la caída mortal de la democracia, burguesa o socialista, pues en último resultado sólo difieren en sutiles divergencias nominales.

Y los que hace bien pocos años oficiaban de sacerdotes celosos del democratismo, los más irreducibles y los más fanáticos, apelan hoy a la dictadura. En lugar de seguir la evolución natural del pensamiento y reconocer nuestras ideas, el mundo político, socialista y revolucionario, obligado a constatar la muerte de la democracia en la impotencia y en el descrédito, da máquina atrás y vuelve a empuñar el arma política del despotismo, el instrumento de la dictadura.

Donde los Parlamentós existen sólo ejercen funciones decorativas, como siempre, pero de una manera mucho más ostensible y palpable. En España, en Italia, etc., se estimó oportuno y conveniente dar al Parlamento la misión que le corresponde o sea la inacción. No se necesita ser un profundo conocedor de la vida política para comprobar que el parlamentarismo no existe ya en casi ningún país, que la realidad política es la dictadura declarada como en Rusia, en España o en Italia, o la dictadura disimulada defectuosamente gracias a la persistencia formal de la decoración parlamentaria. En Francia vemos aún la apariencia de Parlamento; pero la verdad es una dictadura irresistible del grupo industrial cuyos intereses representa Poincaré. En la Alemania de los socialdemócratas, el último refugio de la democracia, la

constitución de Weimar ha pasado a la categoría de los trastos viejos, y el sistema de gobierno es una dictadura militar que interpreta los sentimientos y las aspiraciones de los agrarios y de los grandes industriales reaccionarios.

No somos nosotros solos ya los que nos burlamos del parlamentarismo; nos acompaña la totalidad de la opinión de todas las esferas sociales. ¿Quién es el que defiende hoy la democracia? Es posible que en los congresos socialistas se pronuncie aún esa palabra vacía; pero en verdad hasta los mismos gobiernos socialistas se burlan de ella. Sólo que en lugar de substituir la democracia mentirosa con nuestra ausencia de todo gobierno, con nuestra anarquía, se generalizó el método gubernativo que en otros tiempos se empleaba solamente en períodos excepcionales: *la dictadura*. Cincuenta años han sido mantenidas las masas populares con esa panacea absurda que ha costado tantas desilusiones. Y esa panacea fraguó la fortuna personal de muchos arribistas, pero encadenó más aún el trabajo al carro del capital. "El Parlamento es la contrarrevolución," decía Proudhon al pueblo francés; pero no fué comprendido ni escuchado. "El sufragio universal es el sello de la legalidad en la esclavitud de los trabajadores," repitió Bakunin en todos los tonos; Malatesta ha creído deber dedicar los más grandes esfuerzos de su vida a sacar a la vergüenza pública la mentira democrática y el peligro que representa esa ilusión para las masas obreras.

Por otra parte, la evolución de la democracia hacia la dictadura no tiene nada de particular. Hace años leíamos en un libro del viejo Eucken, más o menos, que no es un hecho del azar que Alemania, en donde la tendencia a la omnipotencia del Estado es tan señalada, sea precisamente el país en que la socialdemocracia ha hecho más rápidos progresos; y es que la socialdemocracia, según Eucken, interpreta la tendencia a la estimación exagerada del Estado; y del Estado a la dictadura el paso no es muy grande. Lo dieron primeramente los bolchevistas, y a los bolchevistas siguieron

todos los partidos obreros y burgueses. Si hoy se levantara una voz seria en defensa del democratismo, sólo provocaría burlas y risas. Donde se admite el Estado no puede eludirse la admisión y el reconocimiento del Estado despótico. Gracias a los acontecimientos políticos y sociales de esta época, el carácter despótico del Estado en general ha sido descubierto y puesto a la luz del día; si el proletariado internacional no comprende la significación del principio de autoridad en la vida social de ahora, no hallarán nunca un instante más propicio para un conocimiento intuitivo y sensible.

DICTADURA O ANARQUIA

Tenemos que señalar un progreso indudable en el dilema político de la sociedad moderna; antes se hablaba de teocracia o de aristocracia, de república o monarquía, de gobierno de la burguesía o gobierno de los trabajadores; actualmente los términos del problema social están planteados más claramente: *o dictadura o anarquía*. Ya no hay términos medios, después de haber desaparecido los suavizamientos teóricos de la acción estatista. Todos los sistemas de gobierno se unieron sobre la base del método dictatorial, que es el verdadero, el gobierno sin disfraces ni paliativos. Ejérsese la dictadura en nombre del fascismo, de la casta militar, de los grandes industriales o del proletariado, el resultado es el mismo: el encadenamiento y la miseria de las clases trabajadoras y el fortalecimiento de la posición de los privilegiados. Contra la dictadura no hay ya el recurso de la mentira democrática, del constitucionalismo, del liberalismo, de la expresión de la voluntad popular en las elecciones. Las experiencias han sido bastante dolorosas y satisfactorias como para no volver a reiniciarlas. El que hoy no admite la dictadura, si es honesto y sano de corazón, si no busca la satisfacción

de sus propios intereses a costa de los intereses ajenos, no puede volverse más que a la anarquía.

Los comunistas no se atreven ya a decir como en los primeros tiempos: *o dictadura de la burguesía o dictadura del proletariado*. La similitud salta a la vista del más torpe. Las palabras de orden de hoy y de mañana son y serán: *o dictadura o anarquía, Estado o ausencia de Estado*.

Debemos insistir hasta el cansancio en ese dilema de la época, que no es nuevo para nosotros, pero que es nuevo para los pueblos en su totalidad. El Estado es la dictadura, es el despotismo. Si los períodos de calma social envuelven en disfraces más o menos transparentes ese carácter esencial del estatismo, el menor peligro efectivo para la estabilidad del orden imperante quita la máscara al liberalismo gubernativo.

La iniciativa libertaria de que nos habla Nettlau sería hoy ésta: una nueva cruzada unitaria para ofrecer a las masas obreras y a los elementos sanos de la vida social de todos los países, los términos del dilema presentado por las circunstancias de esta época: *o dictadura o anarquía*. Hasta ahora ese dilema fué defendido en nuestra propaganda teórica, pero hoy surge de la vida misma y será mejor comprendido si exponemos el ejemplo de la realidad que si aducimos razones más o menos abstractas. El Estado liberal era una ilusión que difícilmente superaban nuestras críticas en la conciencia de las grandes masas; la realidad ha venido en nuestro apoyo y debemos aprovechar la coincidencia para fortalecer la significación de nuestras ideas.

Se habla de una revisión del anarquismo; no creemos que necesite revisión alguna, sino su comprensión. La vida cotidiana no exige rectificaciones en nuestras ideas; al contrario, las ratifica, y debemos hacer esa ratificación y divulgarla por todos los medios.

Los planos de la unificación de las fuerzas vitales de la sociedad contemporánea son por una parte el Estado y por otra la anarquía; en este momento la

balanza se inclina de parte del estatismo y triunfa la reacción. Cuando llegue nuestra hora los sentimientos antiestatistas no se perderán en las vías intermedias y falsas de un liberalismo vergonzante, sino que aceptarán plenamente nuestras conclusiones. Esto habrá que agradecerlo en primer lugar a la experiencia rusa, cuyos resultados han sembrado el desaliento en las masas revolucionarias. Es inútil que los rublos rusos intenten disimular la desilusión de los trabajadores de todos los países, comenzando por los trabajadores rusos; el moscovitismo no es un movimiento popular, sino una propaganda de asalariados del gobierno del Kremlin, cuyos fundamentos son artificiales. Por esa razón, para desviar las masas obreras del obsesionante dilema: dictadura o anarquía, los abogados de la dictadura rusa no hallan mejor medio de la calunnia y la difamación del anarquismo y de los anarquistas.

EL ANARQUISMO FRENTE A LA REACCION

Cuando se inició el avance franco de la ola reaccionaria que dominó en poco tiempo el mundo entero y sofocó las aspiraciones proletarias en los himnos triunfales del despotismo, surgieron voces que nos apelaban —con sinceridad unas y maquiavélicamente las otras— a la formación de un frente único revolucionario contra tal o cual movimiento de la reacción. Nosotros hemos visto nuestras fuerzas verdaderamente unidas contra el enemigo común y no entendíamos que fuera posible un frente único; pues no ignorábamos nuestra soledad y nuestro aislamiento en la lucha contra la dictadura. Nos asombró tanto la proposición de los comunistas para combatir el fascismo de Mussolini como nos hubiera asombrado la proposición de Mussolini para combatir el fascismo de Lenin. Tales procedimientos no entran ya en nuestra

táctica, pues en las contiendas entre las clases dominantes, los revolucionarios no tienen nada que ganar y en cambio pueden perder mucho. Ayudando a un gobierno contra otro, lo que haríamos sería reforzar la existencia de los gobiernos en general. El anarquismo es una doctrina antiautoritaria y no puede pactar acciones comunes más que con las masas populares, y eso porque esas masas populares son instintivamente anárquicas y sólo hace falta que despierten de veras para que realicen en la vida práctica nuestras ideas. Con partidos de gobierno o con gobiernos, cualquiera que sea su color o su origen, no tenemos nada que hacer; el contacto sólo podría perjudicarnos, porque nos llevaría a nuevas desilusiones, y a constataciones infantiles innecesarias. El anarquismo no nació ayer a la vida revolucionaria y posee ya suficiente experiencia para no incurrir en estos momentos en inútiles desviaciones de su acción, desviaciones que fortificarían la situación de los elementos y las ideas del pasado.

El anarquismo ha resistido el otro gran período de reacción de la historia contemporánea: el que siguió a la Comuna de París y contiene en sí la fuerza moral necesaria para superar este período crítico que atravesamos. El socialismo autoritario quedó vencido en la otra gran reacción y no volvió a ocupar su puesto en las luchas proletarias, en las que pretendía antes de la Comuna llenar una misión; hoy vemos cómo el socialismo autoritario se ha puesto a la cabeza de la reacción estatal y capitalista en casi todos los países; en la arena del combate revolucionario no queda más que el anarquismo, y el anarquismo es indestructible, indestructible precisamente porque no es un mero problema de fuerza, susceptible de caer vencido tras los resultados de una batalla victoriosa para sus enemigos. El anarquismo es un producto social y un problema moral contra el cual es impotente la *tcheka* y el *manganello*. El *manganello* o el revólver, la granada de mano o el destierro a Siberia pueden matar los hombres, pero las ideas persisten y no son

AEP - CDH
BARCELONA

vencidas más que con las ideas. Sólo cuando el leninismo o el mussolinismo demuestren a los pueblos que sus concepciones de la vida son superiores a las del anarquismo, tendrán verdadera eficiencia sus sistemas de terror contrarrevolucionario.

Se nos pregunta por nuestra posición frente al problema de la reacción triunfante. Los comunistas nos dicen: he ahí nuestra resolución, queremos el frente único de todos los elementos de izquierda (esto lo dicen en ciertos países, en otros buscan el frente único con los elementos de la extrema derecha). Nosotros no hemos intentado nunca comprimir en una resolución protocolar nuestra actitud frente a un período histórico tan complejo. En ciertas ocasiones nuestras preocupaciones en la lucha contrarrevolucionaria, que nos queda poco tiempo para dar una expresión literaria a nuestras tareas; frente a la reacción podemos asegurar una cosa: *que no nos rendimos ni transamos; que no desertamos de nuestro puesto; que no arriamos nuestra bandera.* En esa actitud espiritual está el secreto de nuestra persistencia a través de todos los períodos, de los de prosperidad y de los de sombría tragedia. Y sería mucho más fácil mencionar lo que hicimos que predecir lo que haremos en la lucha contra la reacción. Pero una cosa es cierta: cumpliremos con nuestro deber, y cuando esta infamia despótica haya pasado y la reacción se haya descompuesto en su propia inconsistencia y en sus crímenes, el anarquismo aparecerá en su puesto, más rico o más pobre en adeptos, pero siempre con la misma fe y con la misma tenacidad.

Si escuchamos los lamentos de las víctimas de la guerra social, no percibiremos apenas más que la voz de nuestros camaradas; si queremos constatar el espíritu de sacrificio opuesto a los avances de la reacción, no tropezaremos por ninguna parte con el heroísmo de los "revolucionarios" autoritarios. Además, aparte de la resistencia activa, que en nosotros no cesa jamás, la reacción no es un mero problema de

fuerza: es un movimiento de ideas. Con la mera fuerza se vence una reacción, es decir, la dictadura de Pedro; pero ocupa de inmediato su puesto la reacción de Pablo. Nosotros estamos contra la reacción en general, contra la reacción en todas sus manifestaciones, de las cuales no es la más importante ni la más esencial la que se expresa en la violencia persecutora que se ceba en los revolucionarios; estamos contra la reacción de Pedro y contra la de Pablo, contra la republicana y contra la monárquica, contra la militar y la democrática, contra la aristocrática y la soviética. Y manteniendo esa actitud firme, venceremos; nuestra derrota en este triste período de reacción, sólo sería efectiva si pactásemos compromisos e hiciéramos concesiones en daño de nuestras ideas libertarias.

Más aún si cabe: en momentos como el que vivimos debemos velar por la pureza y la integridad del anarquismo; en estos momentos, como diría Bakunin, ni en las palabras hay que hacer concesión alguna; en los períodos de acción revolucionaria, cuando es preciso interesar para la acción inmediata grandes masas, entonces, y sólo entonces, nos es permitido hacer concesiones en las palabras; pero no en los hechos ni en las ideas.

LAS EXPEDICIONES DE BENEVENTO

Hace cincuenta años hubiésemos hecho la apología de la expedición de Benevento o participado en los riesgos de los internacionalistas italianos con la más grande simpatía y con la más firme confianza en los resultados de nuestra obra. Hoy hasta los más exaltados contestarían que una expedición semejante no tiene objeto alguno, que sería una revelación de insania mental y que sólo acarrearía daños al movimiento revolucionario. Pero no hay que engañarse, si hoy vemos bajo otras perspectivas la táctica de la propaganda por el hecho, como la entendían Cafiero y Malatesta, no es porque en primer lugar hayamos progresado tan

to ideológicamente, sino porque cambiaron las circunstancias externas. Tampoco simpatizamos con los Netchaief de la actualidad, aunque los Reinsdorf, los Kammerer, etc., de hace medio siglo, nos merezcan la mayor estima y la más grande consideración; son las circunstancias externas las que cambiaron, y, por tanto, es a ellas a quienes hay que atribuir nuestras concepciones actuales; si Reinsdorf viviese actualmente, con un cerebro tan equilibrado como el suyo y una grandeza moral tan extraordinaria, no dedicaría probablemente pensamientos ni esfuerzos a conspiraciones como la de Niederwald; sin embargo, si se produce un hecho como el de Wilckens, no escatimamos la solidaridad ni disimulamos la satisfacción. Si las condiciones que hicieron surgir el período terrorista de nuestro movimiento se reprodujesen, total o parcialmente, es claro que volveríamos de un modo natural al terrorismo; pero siempre en la convicción de que los resultados finales y positivos no son productos de hechos individuales, sino de la acción de las grandes masas. Hoy no hacemos expediciones de Benevento, porque el ambiente es muy diverso y sabemos que están condenadas de antemano al ridículo. Lo que hace medio siglo era una epopeya de heroísmo, hoy sería un sainete infantil e insensato. ¡Ojalá permanezca siempre en nosotros el espíritu de sacrificio y el amor a la causa revolucionaria que guiaba a los expedicionarios de Benevento!; pero así como uno de los supervivientes de ese episodio, Malatesta, se ha vuelto a la acción de las grandes masas, llevando en el corazón los mismos sentimientos y la misma fe en los destinos de la humanidad que cuando enarbolaba la bandera roja y negra de la Internacional en las ruinas de Castel del Monte, así debemos nosotros modificar la táctica de acuerdo al período que vivimos, sin que eso implique una concesión a la realidad, pues las concesiones existen allí donde se transa en cuestiones y en posiciones que nuestra conciencia interior nos revela justas y legítimas. Hoy no seguimos la acción de los revolucionarios de Benevento, aunque procuramos seguir las huellas de su espíritu, porque la vida nos ha puesta frente a otra mentalidad colec-

AEP - CDHS
BARCELONA

tiva y a otra estructura social. Hace cincuenta años no hubiesen llegado las hordas de Mussolini a Roma sin tropezar con la resistencia de los guerrilleros de la Internacional. Actualmente nos hubiese parecido una locura el que media docena de hombres intentaran detener el avance fascista; eran las grandes masas y los revolucionarios con ella los que debían hacerlo; las grandes masas no se movieron y hasta vieron con una cierta simpatía el triunfo del nuevo tirano.

El movimiento de la reacción internacional que constatamos no será detenido por nuestra acción individual. La caída de un tirano puede en ciertos momentos tener una gran repercusión; pero en épocas de reacción general produce un efecto contrario al deseado. Si Lenin hubiera caído víctima de los crímenes amparados en su dictadura, hubiésemos sentido tan poca compasión como cuando cayó el teniente coronel Varela; sin embargo, los resultados finales serían muy débiles; hoy ha muerto Lenin de muerte natural. Con ello ganamos directamente muy poco, mientras quede en pie el leninismo. Mussolini podría también caer un día muerto de un balazo o de un resfriado; con ello no habría muerto el fascismo: tal vez se fortalecería y se agudizara, al contrario, su San Bartolomé permanente contra los elementos revolucionarios. Hay que interesar a las masas populares en la labor contrarreaccionaria; sin ellas, nuestros esfuerzos serán siempre estériles, porque así como la reacción no es un movimiento de meros individuos, sino un movimiento social que interesa grandes capas de población de todas las clases de la sociedad, tampoco la contrarreacción o la revolución pueden ser obra de las minorías, sino de las grandes masas. No ignoramos el valor de las minorías ni nuestros deberes como tal; pero dado que no somos un partido político que aspira a la conquista del Poder, sino a su destrucción, debemos reconocer que el poder autoritario no se apoya o no descansa sólo en las espaldas de un individuo o de una camarilla que pudiéramos destruir a tiros de revólver, sino en grandes masas de la población y en la pasividad de la mayoría de los hombres.—un elemento este último que beneficia

tanto o más a los poderes dominantes como a la defensa activa del mundo del privilegio y de la explotación.

Nuestra misión de hoy, como la de mañana, debe consistir en interesar a las grandes masas de la población en las aspiraciones de libertad y de bienestar para todos, por el camino de la destrucción de los Estados. Si no responden siempre a nuestro llamado, sepamos estar solos, sin arriar la bandera. Llegará el día en que la semilla sembrada dará su fruto. Han Ryner ha insistido sobre la necesidad de *saber esperar*; para los reformistas, saber esperar es acomodarse mientras llega la hora de la reivindicación; para nosotros, saber esperar no significa de ningún modo paralizar nuestra labor, sino continuarla tenazmente, aun en la seguridad de que los frutos no serán inmediatos. Saber esperar, en el sentido de Han Ryner, no es abdicar la voluntad, no es desistir del esfuerzo creador, no es adormecernos ni pactar con lo existente. Tal vez sólo los anarquistas sean los únicos que saben esperar. En Malatesta tenemos un ejemplo; él espera los días mejores y sabe aprovechar los malos y los penosos en una labor útil de afirmación del pensamiento y de la voluntad. Los anarquistas deben saber esperar en su puesto, no en el Parlamento o en otro pacto con el mundo del privilegio.

Las grandes masas oirán nuestra voz y entonces venceremos. Mientras llega la hora, no olvidemos jamás que no tenemos derecho a exigir de los otros lo que no estamos dispuestos nosotros mismos a hacer. Y que nuestro ejemplo en las horas aciagas pueda servir de guía a los pueblos en las horas prósperas y felices.

Los que en las reuniones de cafés exigen *hechos*, resoluciones enérgicas; los que claman como energúmenos su valentía y reprochan al movimiento anarquista su serenidad frente a un movimiento reaccionario de tanto alcance como el que vivimos, esos no llegan jamás a los hechos ni mantienen el fuego fatuo de su revolucionarismo, cuando se convencen que el triunfo no es para mañana mismo. ¿Quién sería capaz de dar a los anarquistas el ejemplo de la acción y del espíritu de sacrificio? Fácil sería demostrar que ningún partido

socialista o fracción obrera puede compararse al anarquismo por su actividad y su vitalidad. Pero hemos superado ya aquel período en que Most repetía: "Si tuviera cien hombres decididos haría mañana la revolución en Nueva York." No, no es con cien hombres ni con mil como haremos la revolución; Malatesta no intentaría su vieja expedición de Benevento, aunque tuviera a su disposición un millar de hombres tan bravos como aquel puñado de 1877; y no porque los años hayan templado su ardor juvenil, sino porque nuestra revolución es tanto como un cambio exterior, una transformación de la mentalidad colectiva.

EL HEROISMO DE LA RESISTENCIA

No es tarea de orden secundario ni que deje de poner a prueba los caracteres firmes y tenaces y los corazones heroicos, la que exige esta hora, cuya gravedad nos hace aparecer como una dicha la simple conservación de nuestras posiciones. Muy lejos de pensar en avanzar, tenemos que hacer todo lo posible por no retroceder; y para la resistencia defensiva contra la reacción, no es necesario menos valor y menos arrojo que para el ataque ofensivo a los poderes del pasado en los períodos propicios en que las ventajas están de nuestra parte. Regularmente los hechos más heroicos de la Historia están en la resistencia y no en el ataque. El ataque supone ya, por lo general, condiciones adecuadas y una cierta seguridad en la victoria final; la resistencia, sobre todo cuando no es en pro de un mero interés, sino de un ideal, es una de las expresiones más sublimes de la vida humana, porque los que resisten son casi siempre inferiores en número a los que atacan, y luchan en condiciones desventajosas, revelando un espíritu de sacrificio conmovedor.

En la conciencia de que somos una minoría y de que estamos solos, entramos con el espíritu de la resistencia heroica en este negro período de la historia contemporánea. Hay en nosotros la convicción

AEP - CDHS
BARCELONA

íntima de que las fuerzas del pasado no conseguirán confundirse con las del porvenir; que el mundo de la autoridad no se acercará al mundo antiautoritario; que la anarquía sabrá defender sus concepciones con la abnegación y el espíritu de sacrificio que testimonia la historia entera de los movimientos sociales modernos. Ninguna fuerza de reacción será capaz de desalojarnos de las posiciones conquistadas, si el fuego sagrado de nuestras ideas es alimentado siempre con los materiales del nuevo mundo moral, social y económico que intuimos y anhelamos. Si el anarquismo se mantiene puro de infiltraciones autoritarias; si resiste las desviaciones y las seducciones de momentos ilusorios pasajeros, tal vez lo sorprenda la aurora del despertar de los pueblos con menos adeptos; pero esto no significa para nosotros sino un problema de orden secundario; las palabras de aquel revolucionario francés: "Antes de las jornadas de julio de 1789 los republicanos franceses se podían contar con los dedos de la mano; al día siguiente de los hechos el número había ascendido a centenares de millares," son todavía aplicables. Para nosotros lo esencial no es el número de los que hoy reconocen nuestras ideas, sino las ideas mismas; el número se nos dará por añadidura; la historia entera, la evolución de las cosas marcha hacia la anarquía; los partidos revolucionarios autoritarios viven algunos años en la arena de la oposición política; emplean durante algún tiempo un lenguaje de fuego que asusta a la burguesía, pero su claudicación no está lejos de su nacimiento: llevan la traición en las entrañas, pese a la sinceridad de sus adeptos y parcialmente de sus jefes mismos. Primero fueron los republicanos los que acudieron a las masas populares, después los socialistas reformistas, luego los socialistas revolucionarios; todos han saltado la barrera desde que llegaron al Poder. Sólo el anarquismo está en su puesto como la única esperanza de las masas oprimidas y explotadas del mundo entero. No perdamos de vista que no corre peligro únicamente nuestro movimiento exte-

rior, sino en primer lugar y principalmente nuestro mundo ideológico. La reacción brutal de una banda asesina puede hacer mermar las filas de los combatientes de la anarquía con la sangre y el fuego; pero un período de regresión moral como el presente amenaza también nuestro mundo espiritual. Hay una amplia tendencia a reafirmar los viejos fetiches en sus puestos de honor en las esferas del privilegio y se compite en esfuerzos para sembrar el veneno de la autoridad en todas las manifestaciones de la vida y del pensamiento; esto es más peligroso aún que el avance fascista sobre Roma, porque el avance fascista es sólo un fenómeno externo y secundario, mientras que lo esencial es la regresión moral humana que hizo posible el nacimiento del fascismo.

Advertimos actualmente como primera consecuencia del influjo de la reacción, un principio de avance de la reglamentomanía en nuestra mentalidad: muchos notables camaradas se entretienen en dar soluciones a los problemas del porvenir con una serie de comités y de reglamentaciones hábilmente planeados. Hemos visto siempre esa preocupación por el mañana con desconfianza, como se observa un peligro; no es que no nos inquiete a nosotros también el mañana; todo lo contrario: es para el mañana para quien trabajamos hoy; pero tenemos fe en la vida y no quisiéramos que nuestra ideología encerrara el porvenir en las jaulas de una "reglamentación social;" ese oficio de subyugar el porvenir a legislaciones previas había sido hasta ahora entretenimiento de los políticos; nosotros hemos dicho siempre que no sabemos qué formas tendrá la sociedad futura y que no podríamos saberlo; pero hemos constatado que la autoridad es el mal y que el mal es biológicamente rechazado; sabemos que si el porvenir se desarrolla libremente, la autoridad, el Estado, desaparecerá, pues desaparecería ya hoy si no estuviera en interés de los privilegiados su mantenimiento con la fuerza de las armas, la prisión, el terror, la muerte.

Resistamos heroicamente la reacción en todas sus

formas y de acuerdo a nuestras fuerzas; donde nuestro vigor físico no nos permita oponer un frente de lucha de fuerza armada a los avances sobre Roma, fortifiquemos al menos el frente de lucha de nuestras ideas y no abandonemos el puesto; que el salvajismo de la reacción pase antes por encima de nuestros cadáveres que por encima de nuestras ideas. Mussolini llegó a Roma; la sangre de millares de nuestros camaradas alfombró su marcha trunfal, pero nuestras ideas están en pie: el poder de la reacción no logró vencer ni desviar de su camino a Malatesta.

El ejemplo de los anarquistas de la Argentina, que supieron proclamar bien alto que antes sacrificarían las organizaciones que las ideas, es decir, que mantendrían la pureza de los principios libertarios aun a costa de quedar sólo un puñado de combatientes, comienza a ser comprendido y seguido en todos los países. Con ese temple moral no tenemos por qué poner en duda si el porvenir será nuestro, bien nuestro.

AEP - CDHS
BARCELONA

TRANSITORIEDAD DE LA REACCION

Las profecías son siempre aventuradas y más cuando se refieren a sucesos históricos del porvenir. Pero se puede asegurar una cosa: que la reacción es por sí misma un fenómeno inestable y por lo tanto de una duración limitada. Es posible que persista unos años más o menos; su destino es el mismo que el de la paz fundada sobre las bayonetas: una ilusión pasajera. La reacción ha llegado al término de su crecimiento cuando ha llegado supuestamente al dominio de la vida social. Junto a la cima comienza fatalmente el descenso. Basta mirar retrospectivamente la reacción de la época de la Santa Alianza y la que siguió a la derrota de la Comuna, para reavivar en esta negra hora la llama de la esperanza. Es cierto que la división de clases y de ideas está hoy más marcada que nunca y que la Santa Alianza se presenta hoy con más con-

ciencia de sus fines y de sus medios que antes, y que por consiguiente tratará de asestar golpes más certeros y terribles; pero no podemos dejar de constatar que las fuerzas de la revolución son hoy más grandes que antes, en número y en conciencia. Los revolucionarios de aquellos períodos, las masas al menos, eran movidas más bien por sentimientos que por reflexivas deducciones; nuestras fuerzas actuales se agitan conscientemente procurando comprender el significado de sus movimientos.

Nettlau nos ha señalado la utilidad de la propaganda en los países americanos no invadidos aún por el capitalismo moderno; efectivamente, muchos países de Europa quedarán por algunos años cerrados para nuestra propaganda, y en los demás, el movimiento no podrá adquirir grandes proporciones, porque todos los países de la Europa occidental son solidarios en su vida económica, social, revolucionaria y política. Sólo los nacionalistas ciegos han podido creer que el triunfo de Francia o de Alemania en la gran guerra, significaría el bienestar del país vencedor; la realidad nos ha demostrado que las leyes económicas que rigen el mundo no reconocen tampoco fronteras. Si la situación es mala en Alemania, no será risueña en Francia y viceversa. La vida revolucionaria tampoco reconoce las fronteras políticas, y si en España y en Italia, por ejemplo, domina una dictadura feroz, que sofoca en sangre y en lágrimas la expresión de nuestras ideas, no hay que esperar que los demás países de Europa, aunque estén gobernados por los Ebert, Millerand o Mac Donald, constituyan un refugio para nuestro movimiento. Pero los países americanos podrían ser una esperanza para el porvenir, si la bandera de la anarquía es plantada en ellos antes de que aparezca con toda la cohorte funesta el caballo de Atila del capitalismo moderno y la ideología de la socialdemocracia parlamentaria y cien veces traidora.

PUBLICACIONES DEL GRUPO CULTURAL
"RICARDO FLORES MAGÓN"

POR LA LIBERTAD DE RICARDO FLORES MAGÓN Y COMPAÑE-
ROS, PRESOS EN ESTADOS UNIDOS DEL NORTE.....\$ 0.50
NÚMENES REBELDES (agotado)
VIDA NUEVA (agotado).
ABRIENDO SURCO (agotado).

AEP - CDHS
BARCELONA

OBRAS RELACIONADAS CON LA SERIE "RICARDO FLORES MAGÓN:
VIDA Y OBRA"

SEMILLA LIBERTARIA: Hermosa recopilación de artículos de
orientación libertaria. Dos tomos, a 50 centavos cada
uno, pudiéndose pedir separadamente.....\$ 1.00
SEMBRANDO IDEAS: Historietas relacionadas con las condi-
ciones sociales de México..... 0.30
TIERRA Y LIBERTAD: Drama revolucionario y de actualidad. 0.25
VERDUGOS Y VÍCTIMAS: Drama revolucionario y de actuali-
dad..... 0.30
RAYOS DE LUZ: Diálogos relacionados con las condiciones
sociales de México..... 0.30
EPISTOLARIO REVOLUCIONARIO E INTIMO. Tres tomos, a 30
centavos cada uno, pudiéndose pedir separadamente.. 0.90
TRIBUNA ROJA, por Ricardo Flores Magón..... 0.30

PRAXEDIS G. GUERRERO: Artículos literarios y de combate;
pensamientos; crónicas revolucionarias, etc..... 0.50
MIGUEL A. BAKUNIN: Esbozo biográfico, por Max Nettlau. 0.15
LOS ANARQUISTAS Y LA REACCIÓN CONTEMPORÁNEA, por Die-
go Abad de Santillán..... 0.15
MARX Y EL ANARQUISMO, por Rodolfo Rocker..... 0.10
GERMINAL, por Rodolfo Rocker..... 0.10
RICARDO FLORES MAGÓN, APÓSTOL DE LA REVOLUCIÓN SO-
CIAL MEXICANA, por Diego Abad de Santillán..... 0.50

Toda correspondencia a nombre de N. T. Bernal.
Apartado postal n.º 1563. México, D. F.

C. 409